

EL CRISTIANISMO NUNCA HA SEPARADO EL ALMA DEL CUERPO

El presente artículo intenta demostrar que en la tradición cristiana existe una íntima relación entre el alma y el cuerpo, como unidad insoluble que constituye la persona humana. Y a pesar de que determinadas necesidades de inculturación hayan derivado en una valoración hasta cierto punto negativa del cuerpo, la unidad de cuerpo y alma se ha mantenido siempre.

Non! Le christianisme n'a pas dissocié l'âme et le corps, Prêtre et Pasteur, 107/4 (2004) 194-202

Con este título provocativo, queremos destacar la radical unidad entre cuerpo y alma a lo largo de toda la tradición cristiana, fundada sobre la encarnación y la resurrección. En el cristianismo, lo que le sucede al cuerpo, le sucede también al alma. Los sacramentos, a su vez, son un testimonio claro de la interacción entre cuerpo y espíritu, empezando por el bautismo. Incluso la misma imaginación física del infierno y sus tormentos es también una muestra evidente de la unión entre alma y cuerpo que el cristianismo ha mantenido siempre. Y también nos podríamos preguntar si una cierta separación de cuerpo y alma no sería quizá lo mejor que nos hubiese podido pasar al liberar a la sexualidad del peso de culpabilidad y de la amenaza del infierno que le impuso la moralidad cristiana.

La tradición cristiana, fundada en la resurrección y la encar-

nación, ha dado un gran valor al cuerpo, cuerpo creado, resucitado y determinante para la salvación y la relación con Dios. Las epístolas de Pablo nos ofrecen valiosos ejemplos: glorificar a Dios en nuestro cuerpo (1Co 6,20; Flp 1,20); manifestar en nosotros la muerte y la resurrección de Cristo (2Co 4,10); ofrecer nuestro cuerpo como oblación agradable a Dios (Rm 12,1). Todo el dogma cristiano está también atravesado por esa unidad: la fe en la resurrección de la carne, los sacramentos como signos de gracia y salvación, la transmisión del pecado original mediante un fluido corporal, la Asunción de María, incluso la imaginación del infierno reflejada en los murales de la Capilla Sixtina que Juan Pablo II describe como «el santuario de la teología del cuerpo humano».

En la historia de la espiritualidad cristiana, por ejemplo en los ejercicios de santo Domingo y de